

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## Mi peregrinaje en la Misión [My pilgrimage in the Mission]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Stockwell, Eugenio L.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-06-24 02:38:27
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/155757">http://hdl.handle.net/20.500.12424/155757</a>

## **MI PEREGRINAJE EN LA MISION**

por Eugenio L. Stockwell

Supongo que mi peregrinaje en la misión comenzó en 1926 cuando yo tenía tres años. A esa tierna edad mis padres se embarcaron desde Nueva York hacia la Argentina como misioneros metodistas llevándome consigo. Mis padres eran individuos resueltos, fruto del Movimiento Voluntario Estudiantil (Student Volunteer Movement), bajo la profunda influencia del Dr. John R. Mott, de quien mi padre fue secretario personal en los principios de la década del '20.

En los siguientes treinta y cinco años mis padres dedicaron sus vidas a la América Latina sobre la base de cuatro convicciones principales:

1. Creían profundamente en la importancia de la congregación local.
2. Creían que un ministerio cristiano bien capacitado era esencial para ayudar a la iglesia a ser fiel y eficaz en su testimonio.
3. Creían que la buena literatura cristiana era esencial para el crecimiento de la iglesia latinoamericana, especialmente la que se escribe y se produce en forma autóctona.
4. Creían que el movimiento ecuménico era fundamental, no periférico, para la vida eclesial latinoamericana.

Aunque supongo que mis padres no estarían de acuerdo con mi síntesis de su teología, retrospectivamente diría que tenían una teología protestante, muy tradicional y ortodoxa. Profesaban una fe profunda en Jesucristo como Señor de todo, y creían que era importante compartir esa fe con todo el mundo. En términos actuales, eran muy "evangélicos" aunque para nada fundamentalistas. Viviendo en medio del catolicismo romano pre-Vaticano II, no eran exactamente "anti-católicos" pero sí muy escépticos respecto al catolicismo romano. No sabía yo de mi asombro. Una vez para gran asombro mío mi padre me dijo que si yo me hubiera casado con una católica romana, él y mi madre hubieran sentido que habían fracasado.

Contando sólo dieciséis años había decidido entrar al ministerio

cristiano. A los dieciocho, ante la embestida del ateísmo universitario y la Segunda Guerra Mundial, decidí que la fe cristiana no era para mí. Dejé la iglesia por 2 uos ocho años. Mi reencuentro con la fe, allá por 1949, está rodeado de muchas anécdotas, interesantes quizá para mi familia, pero que no vale la pena mencionar aquí. Excepto una.

En 1949 estaba trabajando como abogado, recién recibido, en una empresa de Wall Street. Un día me encontraba casualmente en el café de la antigua estación de ferrocarril Pennsylvania en Nueva York, cuando veo al otro lado a un anciano caballero. Pensé: "Ese es el Dr. John R. Mott". Fui hasta él, me presenté y luego me fueron obsequiados unos pocos maravillosos minutos que nunca olvidaré. El Dr. Mott no volvió a probar un solo bocado de lo que estaba comiendo. Hasta el momento en que tuvo que apresurarse para no perder su tren no dejó de interrogarme por mi fe, mis objetivos de vida, mis planes para el futuro, mis compromisos fundamentales.

Felizmente no puedo recordar mis respuestas, pero lo que supe intensamente fue que en lo más íntimo estaba siendo desafiado, en el nombre de Cristo Jesús, a responder quién era, quién podría ser, y quién quería Dios que yo fuese. Fue un encuentro inolvidable.

La capacitación en el seminario fue el paso siguiente, con gigantes como Reinhold Niebuhr y Paul Tillich -no estoy seguro si alguna vez realmente entendí a cualquiera de ellos en forma adecuada- y posteriormente dediqué una década de servicio misionero y pastoral en una congregación de una pequeña ciudad del Uruguay, seguida luego por 27 años de trabajo en oficinas denominacionales y ecuménicas en Nueva York y Ginebra.

Uno es renuente a destacar algunos de los muchos factores que, como una red compleja, sustentan su vida, pero al mirar hacia atrás, descubro que hubo por lo menos cinco que me llevaron, de mi primera fe evangélica y no muy cuestionadora, hasta mis convicciones actuales.

### **1. América Latina**

Este continente ha sido la cuna de mi experiencia, aun cuando en décadas recientes he vivido alejado de él. Al principio, "mi Latinoamérica" era la región del Río de la Plata, pero en años posteriores países como Chile, Brasil, Cuba, El Salvador y Nicaragua (por nombrar sólo algunos) impactaron poderosamente mi vida. El continente, que yo amaba más bien románticamente al comienzo, se transformaba paulatinamente en un mundo de pobreza, de dictaduras militares, de tortura,

de guerras sin sentido. También era un continente donde veía surgir una esperanza maravillosa en individuos profundamente cristianos que estaban dispuestos a arriesgar todo por Cristo. Había comunidades eclesiales de base, teologías de la liberación, luchas por la justicia que parecían encarnar plenamente el sentido de la misión cristiana. Comprendo muy bien a aquellos que, ligados a otros continentes, aprecian los vínculos nacionales y culturales que los unen a las tierras donde nacieron. Para mí, sin embargo, América Latina es el horizonte de sentido hacia donde creo que Dios señala claramente sus propósitos a aquellos de nosotros que la llamamos nuestro hogar.

## **2. Derechos Humanos**

Fue en la década de 1960 que empecé a darme cuenta —más vale tarde que nunca— que participar en la misión de Dios involucraba un compromiso con la lucha por los derechos humanos. Martín Luther King Jr., tuvo algo que ver en esto al participar yo de algunas de sus famosas marchas. Sin embargo, fue la creciente oleada de regímenes militares que se esparcieron a través de América Latina lo que más me impactaron. ¿Cómo podía ser que el continente que yo amaba fuera molido por las botas de algunos de las peores opresiones en la historia humana? Y aún más. ¿Cómo podía ser que mi Nación, Estados Unidos, apoyara y reforzara regímenes marcados tan infames? Mis amigos eran asesinados, o simplemente desaparecían. Mis colegas eran torturados sin piedad. Muchas personas a quienes conocía arriesgaron sus vidas valientemente en un compromiso con Jesucristo que yo admiraba, con un coraje que me preguntaba si yo podría imitar. Durante años, a veces a la distancia y otras cerca de la acción, estuve ocupado en un sin número de acciones solidarias con latinoamericanos, que diariamente exponían sus vidas por lealtad hacia nuestro Señor. Caminé los pasillos del Departamento de Estado de los Estados Unidos, presté declaración ante el Congreso, participé en delegaciones pastorales que visitaron iglesias y países en momentos de gran tensión. ¿Hacía alguna diferencia todo esto? Para mí sí, al menos, dado que en esta actividad encontré un nuevo sentido a la misión cristiana, algo para lo cual mis textos de seminario no me habían preparado. Fue en la lucha a favor de los que sufren y los oprimidos donde encontré un Cristo viviente, como nunca antes lo había conocido. De pronto la proclamación del Evangelio se hizo potente y hermosa, no el Evangelio que yo me atrevía a proclamar a otros, sino el Evangelio que los pobres y sufridos de América Latina me proclamaban a mí y a muchos otros desde la profundidad del dolor.

### 3. Mujeres

Yo crecí en un "mundo de hombres" y pocas veces reflexioné sobre las opresiones que los hombres imponían a las mujeres. Sabía reírme de los chistes sobre mujeres: podía fácilmente disculpar mi participación en estructuras machistas; parecían naturales, dadas por Dios, correctas. Ocurrió entonces que me ví confrontado con los desafíos de mujeres capaces en la iglesia y en la sociedad, que planteaban preguntas fundamentales sobre sus derechos humanos, sobre el lenguaje, sobre la equidad, sobre la dignidad con justicia tanto para mujeres como para hombres. Todo esto no era fácil de enfrentar, por lo menos para mí. Sin embargo, el desafío se dirigía no solamente a mi machismo, sino a mi fe cristiana. ¿Qué clase de fe es ésa que relega media raza humana, intencional e inadvertidamente, a una condición de segunda categoría? Hacía tiempo que venía conociendo mujeres valientes, comprometidas con la misión cristiana (dos de mis tías abuelas habían sido pioneras en la misión a la India y Birmania), pero ahora la pregunta era si yo podía aceptar un nuevo orden de cosas, dentro de mi forma de sentir la misión cristiana, un concepto que podría amenazar el cómodo orden heredado. Hubo un momento muy especial en 1972 cuando, en una tempestuosa sesión de una Comisión de la Junta de la Iglesia Metodista Unida sobre presupuesto, una mujer de mucho carácter me apuntó con el dedo y me preguntó qué haría yo por mi parte para que más mujeres ocuparan puestos claves entre el personal a mi cargo. Mi respuesta, que me sorprendió tanto a mí como a la Comisión, fue: "Una mujer puede ocupar mi puesto ahora mismo". Por cierto era una respuesta insuficiente, pero surgía de lo íntimo de mi pensamiento. Tenía que reconocer que estaba listo para renunciar a algo que yo apreciaba en favor de la lucha de las mujeres por un lugar justo en su, y mi, mundo. También mi esposa me ayudó mucho a entender mejor el rol de la mujer, especialmente en la familia y en la comprensión de lo que una relación de equipo de trabajo podría significar en la vida de una pareja casada. Con el transcurso del tiempo, el tema de la participación de la mujer se amplió mucho más para mí. El mundo en el que yo ubicaba la misión cristiana había tenido poco lugar para muchos grupos raciales, pueblos indígenas, aborígenes, discapacitados, refugiados. Paulatinamente la misión cristiana iría abarcándolos a todos, complicando inmensamente mi mundo, pero también aclarando el significado de la participación de todos en la comunidad entera del pueblo de Dios.

#### **4. Católicos Romanos y Ortodoxos**

Desde hace más o menos unos diez años aproximadamente me he enriquecido incomparablemente con la fe, el culto y el testimonio de cristianos "de otros rebaños", que han abierto inmensamente mi estrecho mundo protestante. Realmente no creía que el Vaticano II se iba a realizar. La Conferencia de los obispos latinoamericanos en 1968 en Medellín era inimaginable. Pero se llevó a cabo. Comencé a tener más afinidad con sacerdotes y laicos católico romanos que la que encontraba con mucha gente de mi propia iglesia. Nunca olvidaré la conversación en Roma con el Padre Pedro Arrupe, entonces general de la orden de los Jesuitas, cuando ambos recordamos que siendo niños, él en España y yo en la Argentina, pensábamos que el otro seguramente "tenía cuernos", pero ahora ambos compartíamos mayores acuerdos y lazos que los que cualquiera de nosotros podría tener con muchas personas de nuestras propias iglesias. La universalidad y la catolicidad de la iglesia de Cristo adquirió un nuevo significado. Todavía sufro hasta las lágrimas cuando asisto a una misa católico romana y no puedo participar de los elementos de la sangre y el cuerpo de Cristo, pero aun estando allí y sentado sé que la paz de Cristo es compartida conmigo, anhelosa, bondadosamente, esperando el día cuando el cuerpo quebrado y la sangre derramada sean para todos en una comunidad eucarística donde no haya barreras que nos separen.

¡Y los Ortodoxos! Llego un poco tarde a esta tradición de tantos siglos que es tan rica, tan compleja, tan vital y tan extraña para un simple protestante. No entiendo mucho de Ortodoxia. Me resulta difícil sobrellevar esas liturgias que parecen interminables, aunque sé lo mucho que significan para aquellos que han sido educados en esa tradición. Lucho secretamente contra la pomposidad de algunos jefes ortodoxos, aunque me recuerdan un orgullo similar en demasiados dirigentes eclesiásticos protestantes. Desearía que los ortodoxos le dieran mayor lugar a las mujeres en el liderazgo eclesiástico. Me siento excluido de la eucaristía ortodoxa, pero agradecido de que haya algunos momentos cuando todos compartimos el pan. Pese a todo eso, algunos maravillosos ortodoxos, mujeres y hombres, pacientemente me han ayudado a entender un poco de la increíblemente rica herencia ortodoxa y me han forzado a ver la Eucaristía como un evento misionero. Me maravilla la forma en que los ortodoxos se han defendido durante siglos bajo regímenes opresivos y han hecho más que sobrevivir; han sido victoriosos en la fe. Me conmueve ver a los bebés recibir la Eucaristía al ser integrados al Cuerpo de Cristo, bajo la mirada

de sus padres, llena de una sinceridad y seriedad que pocas veces he visto en otros lados. La Ortodoxia fue alguna vez una realidad lejana para mí; hoy, es una compañera en la familia cristiana que enriquece mi entendimiento de la misión cristiana.

### **5. Los Evangélicos conservadores, y el diálogo con gente de otros credos**

Esta es realmente una extraña combinación, ya que los evangélicos conservadores, a veces fundamentalistas, han sido generalmente reacios al diálogo, prefiriendo poner énfasis en la proclamación y la conversión. Trabajando con el Consejo Nacional de Iglesias en los Estados Unidos y en el Consejo Mundial de Iglesias, varias veces he sido atacado, a veces con razón y otras injustamente, por personas y grupos que se identificaban como "evangélicos conservadores". A veces no sabía cómo reaccionar. La tentación era contraatacar, defenderme, explicar, y sucumbí a esa tentación demasiadas veces. Pero en las respuestas más sabias de muchos colegas empecé a ver una forma más amable, que trataba de construir puentes de entendimiento en vez de paredes de defensa. En una conferencia de prensa en la Conferencia de San Antonio de Misión Mundial y Evangelización, un periodista me preguntó cuál sería la pregunta que yo querría plantearles a mis amigos fundamentalistas. Nunca había pensado en eso, pero mi respuesta fue: "Yo les preguntaría ¿Me consideran cristiano?". Sé que muchos de ellos responderían inmediatamente que sí. Pero otros han sido lo suficientemente honestos como para preguntarse qué responderían, ya que cuestionan algunas de mis convicciones y se preguntan si realmente creo en Jesucristo como debería hacerlo un verdadero cristiano. Esto me apena, pero no tengo ninguna dificultad en considerar a tales amigos como cristianos porque cuando cualquier persona afirma sinceramente creer en Jesucristo, eso es suficiente para mí: esa persona es cristiana. Lo que nos une (la fé en Cristo Jesús) es mucho más básica e importante que cualquier otra cosa que nos separe.

Sobre ese compromiso fundamental con un Señor común a todos, podemos construir. Cualesquiera sean nuestros debates teológicos (que a veces son extremadamente interesantes e ilustrativos) seguimos siendo parte de la familia cristiana. Con esta convicción a través de muchas experiencias de contactos con amigos y organizaciones evangélicas conservadoras, mi vida ha sido enormemente enriquecida. Atesoro muchos momentos de discusiones y confraternidad con personas que me han atacado en el pasado (y a veces siguen hacién-

dolo) que sé que son hermanas y hermanos en la grey cristiana. Se están construyendo algunos puentes importantes, no sólo a nivel personal, sino también a niveles institucionales. Me sorprendió que en la Conferencia de San Antonio un grupo de "personas con preocupaciones conservadoras" tomó la iniciativa, totalmente imprevista por los organizadores de la Conferencia, de dirigirse a la Comisión para la Evangelización Mundial de Lausana y sugerir que en el futuro los congresos claves sobre la misión y la evangelización del Consejo Mundial de Iglesias y la Comisión para la Evangelización Mundial de Lausana sean llevados a cabo en una localidad común con significativa interacción entre los dos. Unos pocos años atrás esa iniciativa habría sido inconcebible para mí. La recibo con alegría. Creo que Dios quiere unirnos. Vale la pena el esfuerzo por construir puentes que esto implica.

Sin embargo, es precisamente en este esfuerzo que nos enfrentamos con la cuestión de nuestra relación con personas de otras religiones. Los "evangélicos conservadores" encaran el tema en términos de "el carácter único de Cristo", y temen que aquellas personas ansiosas de entrar en diálogo con gente de otras tradiciones religiosas puedan ser seducidas por una unidad que las lleve a un falso sincretismo o a una respuesta no enteramente fiel a las demandas únicas y totales de Jesucristo. Reconozcamos que hay unos pocos amigos dentro del mundo ecuménico que dan fundamento para el temor, pero no muchos. Hay muchos más que combinan una sólida fe en Cristo Jesús, su Señorío y carácter único, con una maravillosa apertura hacia las otras personas de otras religiones, cuyos peregrinajes espirituales tienen mucho que enseñarnos a todos, y que en todo caso son personas y comunidades que nosotros como cristianos mucho necesitamos escuchar y entender, no para poder convertirlos a nuestro credo, sino porque son criaturas del único Dios cuyo Espíritu está obrando en toda la creación.

Supongo que mi "testamento" de fe está expresado en el discurso que presenté en la Conferencia de San Antonio. Pensaba que en ese discurso estaba exponiendo sin lugar a dudas mi fe en Jesucristo y en su carácter único. Sin embargo, algunos compañeros evangélicos conservadores, tanto dentro como fuera de la familia del C.M.I. pusieron objeciones. Yo sentí que si la pregunta: "¿Es Jesús el único camino a la salvación?" significaba que a las personas de otras religiones les era negado "un pasaporte al cielo" entonces mi respuesta a esa específica interpretación tenía que ser "no". A algunos esto les pareció una negación de la fe en Jesucristo. Desde mi punto de vista: todo lo

contrario. Más aún, mi comentario más importante (pensaba yo) era que Dios decidiría quién sería salvo y quién no, y que hacemos bien en ser reticentes en tratar de decidir este tema desde nuestra limitada perspectiva humana.

Lo que todavía me extraña, dentro de mis posibilidades de entendimiento, es que demasiadas personas en el mundo evangélico conservador y en el mundo ecuménico no hablan lo suficiente entre sí. Se lanzan misiles a través del abismo teológico que los separa, y como todo misil destruyen en vez de construir. En cuanto a mí, estoy enormemente agradecido por lo que he aprendido tanto de los evangélicos conservadores como de aquellos más comprometidos en el diálogo con gente de otros credos vivientes. En un mundo donde una cantidad de muros tradicionales se están cayendo, éste es uno de los muros que me gustaría ver desaparecer. Al mirar atrás, hacia las décadas pasadas, soy consciente de que mi "mundo de misión" ha tenido que ver más con el hacer que con la reflexión académica sobre la misión. No creo haber contribuído mucho al progreso del concepto de la misión cristiana. Más bien he tratado de asimilar todo lo que otros han contribuído a la teoría de la misión, procurando de alguna manera muy pequeña poner algo de eso en práctica.

Actualmente mis intereses están mucho más centrados en el futuro que en el pasado. Veo toda clase de posibilidades para el compromiso absorbente en muchos aspectos de la misión cristiana. Estoy ansioso por unirme a otros en nuevas aventuras en comunidades misioneras muy prometedoras. El pasado es, después de todo, sólo un preludio. En las manos de Dios, lo mejor aún está por venir.



#### Copyright and Use:

**As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.**

**No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.**

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

#### About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.